

Los nardos de río Amargo

Daniel, sentado en la orilla del río, dirigía sus ojos imprecisos a la monótona corriente de agua, mientras su imaginación vagaba por las suaves ondulaciones manchegas. Era inevitable que en su mente chocaran de frente el talgo, procedente de Madrid, y el mercancías de Murcia. E inevitable arrastrarse de mano de la angustia por vagones descarrilados, volcados y encaramados unos sobre otros, hierros retorcidos, miembros humanos seccionados, arrancados y desparramados. La vida, el dolor y los gritos porfiaban por emerger de los vagones y la sangre de las víctimas enrojecía la secuencia. Vagaría por pequeñas depresiones de lagunas semisecas de los alrededores en busca de Elena. La secuencia siempre terminaba con una mano invisible que le removía la vieja herida, hundiéndole aún más en el abismo de la culpabilidad y la desolación.

Aquel fatídico setiembre Daniel debía asistir en Madrid a un curso de acupuntura y no se veía solo en la capital. El tiempo no había ajado la frescura del diálogo con su esposa:

- La verdad, Elena, es que no me apetece irme solo a Madrid, le decía Daniel mientras la miraba suplicante y se llevaba pausadamente una fresa a la boca.
- Sabes de sobra que me encantaría ir contigo, pero tengo varios frentes que me reclaman, repuso Elena en tono pacífico.
- ¿Qué frentes tienes más importantes que el de tu marido?
- Cariño, no me malinterpretes, por favor. Sabes de sobra que tú eres el primero. Mi corazón no me permitiría otra prioridad. Pero el trabajo me agobia y esos días estoy sola para cuidar a mis padres. Tú siempre estás conmigo.
- Daniel, tras una breve pausa en la que aspiraría una prolongada bocanada de su corazón, le contestó: te lo suplico, mi vida, te necesito en este viaje.
- Elena se dispuso a jugar fuerte. Sabes muy bien que siempre me tendrás a mí. Te prometo que hoy vas a saber lo que es amor.
- No sé cómo decírtelo, cariño. Hoy quiero ese amor que me prometes, mañana te quiero conmigo en Madrid y pasado mañana quiero que estés

conmigo, donde quiera que yo esté.

- Es suficiente, balbuceó Elena presa de la emoción, guardando sus armas de mujer para mejor momento. Te acompañaré, mi amor.

Se levantaron instintivamente de la mesa, se besaron, se abrazaron y las brisas del amor envolvieron aquellos momentos.

La angustia ahora se volvía feroz contra Daniel, acosándole con una batería de preguntas sin respuesta. ¿Por qué me sorprendió durmiendo el desgraciado accidente? ¿Por qué Elena no salvó su vida? ¿Por qué no quedó cerca de mí? ¿Por qué no la encontré entre indemnes, heridos o fallecidos? ¿O acaso salvó su vida? ¿Por qué desapareció, por qué no la encuentro? ¿Por qué ...? Y el cuchillo más afilado de todos, que abría en canal su conciencia, ¿por qué la presionaría a ir a Madrid? ¿Actué por egoísmo?

Un seco manotazo le había privado del amor y destrozado su vida, reduciéndola a grises días sin horizonte. Se sentía desangelado, como aquella indefinida corriente de agua, apremiada a seguir su camino por la que empujaba detrás. Instintivamente la pesadez de párpados le llevaría a cerrar los ojos y dejarse caer sobre el respaldo, que le ofrecía un álamo.

Daniel se vio inmerso en la corriente del río, flujo que a pesar de ímprobos esfuerzos, no podría abandonar. Las disputas de violentos remolinos, que asemejaban espectros de sirenas girando sobre sí mismos, le llevaron al abismo de las profundidades. Un fugaz instante le hizo sentir que tal vez de aquel abismo arrancara el camino que le condujera a Elena. La débil esperanza de encontrarla se desvaneció cuando los remolinos se convirtieron en gigantes que porfiaban y se agredían violentamente, mientras él se encontraba indefenso y al vaivén de ambos. Como violentos dragones, uno vomitaba, sombras y tinieblas. El otro, luz y calor. Uno blandía imprecisos estandartes de sombras, el otro sutiles transparencias de blancos, acordes con la erupción de sus vórtices. En un lance el gigante del estandarte sombrío hirió el estandarte blanco, arrancándole en jirones un trozo, que balanceándose como mariposa en suave caída se posaría en el fondo,

instante en el que el gigante herido desenvainó un resplandeciente rayo, con el que perseguía al gigante de sombras. Mantenían un diálogo mudo tan tenso, que se podía cortar con el filo de una espada:

- Estos son mis dominios, gritaba uno, porque tengo el horizonte.
- Fuera de mi mundo, rugía violentamente el otro, el abismo es mío.
- El futuro es mío, replicaba el primero.
- Pero el presente es mío, gesticulaba el segundo.

Aquellos gigantes, enzarzados en su pelea y discusión, se fueron alejando y desvaneciendo. Daniel se quedó solo en el abismo del río, embelesado en el jirón blanco, con el que de algún modo se identificaba. Una suave fragancia de nardos, que iba en aumento, le fue atrayendo. Atracción, que le subió a la superficie, le alejó de la corriente y le orilló suavemente.

El desapacible viento del atardecer le devolvió a la consciencia. Los sueños, pensaba, son un batiburrillo de despropósitos sin orden ni concierto, no hay quien los entienda. En varias ocasiones habría intentado descifrar algunos, que consideraba relevantes, y siempre acababa convencido de que la razón estaba reñida con la subconsciencia. Pero este sueño era diferente, se comportaba como una pegadiza bola, que iba y venía de una a otra mano como pescadilla que se muerde la cola, no pudiendo liberarse de él. Por otra parte, a Daniel le asaltaron razonables dudas. Los sueños, se decía a si mismo, también son parte de nuestra vida y, por tanto, deben tener un camino de acceso para transitar por ellos. Pero si la razón estaba reñida con los sueños, ¿sería posible encontrar cabos en el mundo de las impresiones? La insistencia emotiva de la huella del sueño le obligó a buscar cabos, de cuyos hilos tirar para desentrañar su misterio.

Interiorizó el confuso campo del sueño, desbrozando sin compasión su maraña. Dos laboriosas sesiones le llevaron a la intuición de vislumbrar algunas salidas, donde tal vez podría encontrar cabos.

La primera impresión, su deseo de buscar a Elena más allá de la muerte en el río, respondía sin lugar a dudas a su amor por ella.

Recorriendo este laberinto había encontrado un cabo y tirando del hilo había deshecho un nudo, que le asfixiaba como si tuviera atadas al cuello tres pesadas ruedas de molino: egoísmo, culpabilidad y desesperación por la muerte o ausencia de su mujer. Además, se felicitaba porque había recuperado el perdón de sí mismo y su amor propio. Por otra parte, un símil arrancado al río, que tintineaba en su mente, le abría puertas al horizonte. Como las gotas de agua inevitable y confiadamente van al mar, se decía, su vida debía seguir el rumbo previsto en la vida. Pero no vislumbraría el timón y la energía para transitar el camino. ¿Qué rumbo podría haber sin Elena?

Recorrería el laberinto de la segunda impresión, la feroz pelea de dos gigantes, dos titanes, por él mismo, dudando dónde encajarla. Pero visionando una y otra vez la secuencia del sueño, jirón blanco, diálogo y estandartes, se convencería de que era reflejo de la terrible batalla, que libraban conciencia y subconciencia. Era necesario recoger el hilo de la subconciencia con el fin de desactivar su polvorín de tenebras.

Sobre todo le seducía la fragancia de nardos, le resultaba atractivo su laberinto y tirar del hilo de su impresión en el sueño, pero, ¿cómo? Por otro lado, el atardecer le hizo llegar el suave aroma de nardos próximos en la misma orilla del río. Aquella fragancia tenía alas y le resultaba gratificante. ¿Le podría llevar a Elena? No acertaría a descifrarla y se prometió paciencia.

Tarde tras tarde volvería al río a descifrar aquel sueño. Imposible tarea, se decía compasivo consigo mismo, refugiándose en su convencimiento de siempre: la razón está reñida con los sueños. Además, se daba por satisfecho con los beneficios del sueño y acariciaba la esperanza de que quizás algún día llegaría a descubrir las alas de la fragancia de nardos.

Una tarde de tantas, relajado de las impresiones del sueño, sus ojos se volvieron a los nardos. Con la mirada imprecisa de quien mira y sólo ve lo que su corazón quiere ver, los ojos de Daniel fueron barriendo uno a uno y todos a la vez, los tallos de los nardos de abajo arriba. Sorprendido por la visión volvió a mirar, esta vez con más rapidez, e instintivamente se llevó las manos

a sus ojos. Los tallos de los nardos se transfiguraban en largos y delicados dedos, que interpretaban una agradable sinfonía de luces, colores y aromas. Se frotó de nuevo los ojos, dudando aún de la visión, que le seducía. ¡Dios mío, se dijo, la fragancia de nardos! Volvió a barrer con su mirada los nardos y los álamos y las margaritas y las flores silvestres y los juncos y un martín pescador, que cruzaba el río. Nardos, álamos, margaritas, flores y juncos esperaban confiados el sol y el agua, las aves esperaban confiadas su alimento y la vida, la vida entera esperaba confiada tras la noche el día. Las criaturas encontraban fuerza y confianza para vivir en la creación. Elevó sus ojos al cielo en grato silencio por aquel don.

Daniel frecuentaba su edén de nardos. Una tarde, volviendo del río, le dio alcance una mujer joven y alegre, en cuyo cabello jugueteaba el viento.

- Buenas tardes, musitó su encantadora voz, del paraíso del río, ¿no?
- Buenas ... La proximidad afectiva y los ojos de bondad de aquella mujer envolvieron en cálidas burbujas las palabras de Daniel, interrumpiendo la formalidad del saludo. Buenas tardes, ¿también usted viene del río?
- Sí, claro, para mí también es un paraíso.
- La voz de la joven despertó en Daniel la fragancia de nardos. ¿No serás ...?
- La intuición femenina de la joven percibió aquella inmensidad de amor aún herida y se adelantó a susurrar sonriente: yo soy quien tú ...
- ¿No serás Elena?, le interrumpió Daniel, urgido por el ansia de su amor.
- E-le-na, reafirmó con emoción cada sílaba la mujer, mientras la voz de su pecho le quemaba: el amor es vida, el nombre un accidente.
- ¿Por dónde has llegado, Amor?, se apresuró a requerirle Daniel. Y sin esperar respuesta la abrazó contra su pecho con una mano en la espalda y otra haciendo copa en su seno, besándola con insistencia.
- Cuando la mujer liberó su boca de los labios de Daniel, le respondió con voz entrecortada y ojos humedecidos: he llegado por los nardos de río Amargo.

Mayo 2011

César Herrero Hernansanz